

hipótesis no ha podido ser demostrada. En cambio, sirven evidentemente para vestir ciertas ideas acerca de una su prema mano que rige los destinos de los hombres, de suerte que su verdadero carácter es el de religión. Pero además de estas dos maneras de considerar la cuestión, existen poderosos motivos para no ver en aquéllas más que una representación simbólica de las fuerzas de la naturaleza, siendo este aspecto el que más claro se presenta. Algunos ejemplos tomados de Rink y de Neumann demuestran el carácter principalmente mitológico de esas leyendas.

Durante su permanencia veraniega en un fjord perdió un hombre á su hijo adulto y habiéndole enterrado se marchó sin practicar la costumbre de llorarle por espacio de cinco días. Un matrimonio anciano allí abandonado pronunció algunas fórmulas mágicas sobre la tumba resucitando con ellas al muerto que desde entonces cuidó de su subsistencia con los productos de su caza y de su pesca. Pasado algún tiempo, volvióse callado y taciturno y habiéndole preguntado el padre adoptivo «querido hijo, ¿por qué no hablas?» confesóle que tenía una novia entre los espíritus de la costa y que le apenaba el tener que abandonar pronto á sus protectores para marcharse á la mansión subterránea, á lo cual contestóle aquél rogándole vivamente que implorara para sus padres adoptivos el permiso para seguirle. Pasado algún tiempo volvió el hijo con la autorización solicitada y los ancianos se apresuraron á cargar su bote y á ponerse en marcha. Manifestóles el joven que la entrada de la mansión subterránea era invisible, pero que bogaran sin vacilar hacia la pared de rocas, la cual se abriría por sí sola, añadiéndoles que si dejaban descansar los remos ó volvían la vista atrás la puerta se les cerraría para siempre. Llegados al sitio que su hijo les mostró, remarón rápidamente y al través de las peñas que por sí solas se abrieron apareció ante sus ojos el interior de la hermosa mansión; pero habiendo mirado á su alrededor volvióse á cerrar la roca y su bote chocó contra los arrecifes perdiendo el trozo de proa. Entonces el hijo adoptivo les dijo: «De hoy más hemos de vivir separados, pero construíd vuestra choza en la pared de roca y nada os faltará;» dicho lo cual se fué con los espíritus de la costa quienes proveyeron á todas las necesidades de aquellos ancianos.

Una vez un hombre, movido sólo por el ansia de aventuras, emprendió un viaje al Norte hasta el borde del hielo sólido; no vió allí playa en donde levantar su tienda, pero en cambio cogió tantos delfines grandes que cubrió el suelo helado de su tienda con pieles sin desgrasar y cada vez que cambiaba de residencia dejaba abandonadas la grasa y la carne, pues donde quiera que llegaba encontraba botín suficiente. Esta abundancia tiene para los groelandeses mayores atractivos aún que la caliente luz del sol y los matorrales de las comarcas del Sud; por esta razón aquel hombre siguió avanzando hasta que llegó á una cabaña abandonada cuyas vigas estaban hechas con cuernos de narval y en la que no se encontraba el más pequeño trozo de madera. Entonces comenzó á inquietarse y retrocedió para continuar su matanza en su viaje de regreso.

Neumann oyó referir lo siguiente entre los chuktches: «En una época en que no existía aún el estrecho de Bering sino que los dos continentes Asia y América estaban unidos en este punto, se acercó un oso blanco á un cazador atrevido y le provocó en desafío. El chuktche aceptó escogiendo como lugar para la lucha el istmo hoy convertido en estrecho. Durante largo rato combatieron el hombre y el oso y con tal violencia pisotearon la tierra que al fin pudieron unirse los dos mares; entonces la lucha fué desigual, pues el oso se encontraba en el agua en su

elemento, así es que el hombre comenzó á hundirse, pero haciendo un supremo esfuerzo logró subirse á las espaldas del oso, que quieras que no, hubo de llevarle á la orilla.»

Otra leyenda de los chuktches dice: «En época remota tenía un rico chuktche una hermosa hija destinada á ser esposa de un hombre rico pero viejo, si bien la muchacha amaba á un joven pobre. Llegado el día en que el anciano novio tenía que llevarse á su novia, corrió ésta hacia la abrupta costa, se encomendó al mar rogándole que la condujera á donde estaba su amado y se precipitó desde lo alto de las rocas. El gran espíritu del mar se apiadó de la joven y le prestó el medio cuerpo trasero de una morsa con cuyo auxilio pudo ganar la isla de Imaglin en donde encontró á su adorado. Pero el poderoso espíritu del sol castigó á la infeliz doncella por haber desobedecido á su padre y por haber emprendido la fuga, condenándola á tener durante toda su vida el cuerpo de una morsa. La descendencia de ella se parece á su madre y en la actualidad vive todavía en el mar junto á aquella isla.» Esta leyenda parece un fragmento de la de Sedna que refiere Boas hablando de los habitantes de Baffin.

Para comprender la vida religiosa de estos pueblos basta únicamente considerar el carácter de intimidad y de arrobamiento que fué causa de que tan rápidamente abrazaran el cristianismo y de que esta religión echara tan hondas raíces entre ellos. Los lapones pasan por excelentes cristianos y los mismos aleutianos y kamchadales han merecido alabanzas de los misioneros por su espíritu religioso. La historia de las misiones de Groelandia refiere numerosos casos de éxtasis que demuestran la fuerza de las dotes religiosas de los esquimales. El estado visionario de muchos hombres y mujeres ha sido más de una vez el punto de partida de extravagantes sectas. Una esquimal visionaria alcanzó en 1790 tanta influencia que una sola palabra suya bastaba para que la multitud diera muerte á los que ella designaba. Su marido, llamado Habakuk, que le estaba completamente sumiso, recibió de ella el nombre de Jesús y fué el verdadero jefe de la nueva secta que se estableció en el fjord de Kangerdlugsuaitsiak y se separó en absoluto de la misión. Uno de los datos más característicos para comprender la base de este movimiento es el modo cómo el paganismo se infiltró muy pronto, acabando por rasgarlas, en las tenues capas cristianas que envolvían las creencias de estos pueblos. A una mujer tenida por bruja se le chafaron las manos con piedras y se la arrojó al mar con la mayor sangre fría. En 1854 ocurrió en la estación morava de Friedrichsthal una de estas excitaciones religiosas: un esquimal cristiano que tenía, al decir de él, visiones y conversaba con el Redentor, tomó el nombre de Gabriel y llegó á tener tanta influencia que pocos fueron los groelandeses que se mantuvieron fieles á los misioneros. Estos se veían casi olvidados mientras que Gabriel bendecía matrimonios, cuidaba de otros servicios religiosos y enviaba emisarios en sus kajakes para conquistar prosélitos. Pronto la población entera se sintió dominada por un estado febril y muchos afirmaron que tenían revelaciones. Algunos se herían y daban á probar su sangre á los demás para que supieran cuán dulce era la sangre del Salvador. En conmemoración de la primitiva doctrina esquimal de las almas, soplaban Gabriel en la boca de sus adeptos para introducir en ellos el «espíritu» y aun llegó á concebir un gran proyecto en virtud del cual toda su hueste quería emigrar á la costa oriental para convertir á los paganos que allí residían y fundar una colonia.

LIBRO TERCERO

FORMAS DE VIDA DE LOS PUEBLOS DEL ANTIGUO CONTINENTE

INTRODUCCION

Los dos grandes contrastes de la emigración y de la vida sedentaria en el viejo mundo, —Estabilidad de la civilización.—Fundamento natural de la misma. —Territorios que incitan á la emigración y territorios que convidan al reposo.—Zona de cultura.

En el curso de la presente obra hemos hablado hasta ahora suficientemente de las condiciones naturales á que está sujeta la civilización y muy especialmente del poder de los climas crudos que impulsan al trabajo, fuerza fundamental de todo desenvolvimiento de cultura y de la flora y fauna no muy exuberantes de las zonas templadas. Hasta la saciedad se han reproducido con más ó menos variantes las siguientes palabras de Emerson: «Donde quiera que nieva, generalmente reina la libertad civil; allí donde crece el plátano el sistema animal se presenta perezoso y se alimenta á costa de superiores impulsos, distinguiéndose los hombres por su sensualismo y por su crueldad.» Al tema en esta proposición planteado hemos de volver continuamente, puesto que con frecuencia suma se ofrece ante nuestros ojos la gradación que existe entre los usos, costumbres y género de vida de los territorios en donde la naturaleza ruda impone una existencia miserable y oprimida y los que aparecen en un clima más benigno, con una existencia más fácil y en medio de mayores riquezas naturales. En los siguientes capítulos, nos moveremos en un terreno privilegiado sobre todos los demás en el cual desde hace miles de años la civilización se ha presentado en tan alto grado de desarrollo que sus comarcas se juntan formando desde el ángulo sudeste del Mediterráneo hasta más allá del Océano Pacífico una espléndida zona de cultura en donde aunan su fuerza favorable á los elementos civilizadores dos territorios naturales contiguos, la estepa y la tierra de labor, favorecidos por un clima templado.

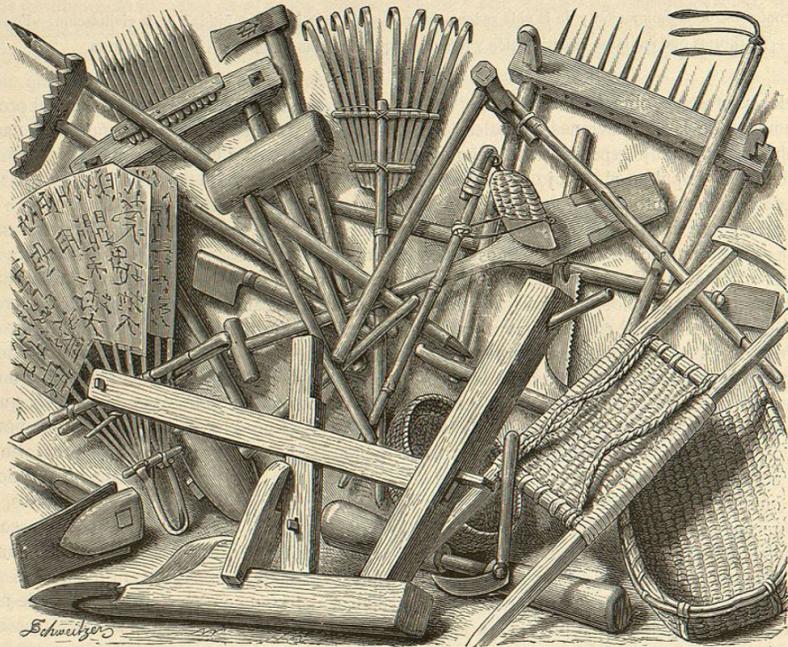
La naturaleza de los países del viejo mundo ha contribuido poderosamente á todo aquello que en materia de fuerzas y de esfuerzos encontramos en los pueblos de Asia, de África y de Europa con carácter permanente. Los movimientos históricos son siempre en tanto típicos en cuanto la naturaleza de las relaciones imprime en su punto de partida y en su tendencia el sello de ciertas cualidades que se reproducen á causa de la duración de aquellas relaciones. Este hecho permite hacer inducciones que arrancando de lo que la historia certifica van á parar á lo que se ha realizado en la oscuridad de los tiempos prehistóricos. Y esto tiene doble importancia tratándose de una narración como la de esta parte de nuestra obra que abarca gran número de pueblos de cuya existencia y de cuyos destinos quedan sólo noticias vagas y á menudo únicamente un nombre por el cual se sabe que han existido. Todo pasa, aunque no todo con igual rapidez. La vida de la naturaleza es uniforme y se reproduce periódicamente, funcionando en ella de un

modo casi imperceptible las fuerzas del progreso y de la reacción; los pueblos, por el contrario, nacen y mueren más rápidamente y cuando á alguno de ellos le está concedida una larga existencia, las formas de su vida cambian, á menudo hasta hacerse desconocidas, en el transcurso de algunas generaciones. En tales circunstancias tiene algo verdaderamente consolador para el que toma como punto de partida los grandes contrastes de la naturaleza el hecho de poder avanzar por entre los pueblos encontrando otros contrastes que en su fundamento natural tienen la mejor garantía de permanencia, es decir de reproducción.

Del modo mismo que el suelo del viejo mundo está caracterizado por la gran zona de estepas que se extiende desde el Atlántico hasta el Pacífico y que por ambos lados limitan los países montañosos y los territorios bajos, informa su historia la lucha entre nómadas y sedentarios, entre pastores y agricultores. Estos dos caracteres, signos de más elevadas culturas, no sólo los vemos impresos en distintos pueblos, sino que dentro de ellos se han fundido pueblos y aun grupos de tales. En la fusión de los arios y de los altaicos del Ural con los grandes grupos de pueblos sedentarios y nómadas del Asia occidental y central hay algo causativo que permite suponer la fuerza etnogeneradora de las relaciones sociales; aparece también en esta unión algo que robustece los contrastes de las formas de cultura. Lo que ignoramos es hasta qué punto las costumbres de la vida penetran tan profundamente en el organismo que las menores partículas de éste pueden á su vez transmitir lo recibido á un germen extranjero haciéndose, por ende, aquéllas hereditarias. Que esto sucede es más que probable; que la falta de costumbre durante miles de años puede dar nueva forma á estas impresiones es cierto. Ante nosotros aparece la gran sencillez con que las funciones están distribuidas en la vida histórica del viejo mundo, y en su vista hacemos nuestras deducciones. La antigüedad conoció indudablemente nómadas arios, cuando nuestra época sólo ha visto pueblos sedentarios de esta raza. Casi ninguna tribu turca puede, por otro lado, ser considerada como completamente sedentaria ni siquiera como semi nómada. Los osmanes pueden presentar á los jurukes de Brussa y á los turcomanos de Siwa; de los turcos persas sólo los aserbaidshanos son sedentarios, al paso que son nómadas los que desde hace 200 años residen al Norte de esta provincia. Los ersaris de la orilla izquierda del Oxus y los jomutes que habitan al Sudoeste de Chiwa son débiles seminómadas. Algunos rasgos de los usbekes llevan impreso el

carácter propio de los que hacen vida sedentaria contra su voluntad y los kirguises kasaks que habitan en la orilla izquierda del Yaxarte sólo en muy pocos lugares han adoptado costumbres semi nómadas. Obligados por la pobreza y por la falta de espacio, mezcláronse los kuramas del Tchirtchik con los sartos convirtiéndose en agricultores, siendo al parecer análoga á la de éstos la historia de los semi kasaks de Tachkent. Un fragmento de los karakalpakos se dedicó á la agricultura mientras los demás seguían llevando una existencia nómada. Los agricultores que llevaban el nombre de tártaros, como por ejemplo los habitantes de la costa meridional de Crimea, no tenían por su origen nada que ver con los turcos. La fijeza del sistema de vida de los nómadas constituye uno de los más sorprendentes fenómenos de la existencia de los pueblos del viejo

continente y completa la cualidad antes mencionada. Los escitas, los sacios, los hunos, los turcos y los mogoles se presentan á nuestros ojos como un mismo pueblo: el impulso creador de sus grandes príncipes fué de tan poco duraderas consecuencias como los esfuerzos de los misioneros cristianos; éstos encontraron abierta resistencia, aquéllos despertaron verdadera aversión. Allí donde la fuerza no se imponía por la sujeción, que raras veces era duradera, ó por el único medio eficaz del cerramiento geográfico, los nómadas no se amalgamaban sino muy lentamente con los sedentarios y cuando se realizaba esta fusión hasta cierto grado quedaban siempre los primeros como *natio militans* reservándose el papel de soberanos, aunque casi siempre ejercían esta soberanía como simple casta de guerreros. Así aparecen los árabes en el Norte de Africa y en



Aperos de labranza japoneses (Museo Etnográfico, Viena)

el Oeste de Asia y así también los mogoles en el Este y en el Norte del viejo mundo y hasta en el centro de la India anterior. Un siglo de política de desplazamiento y de colonización practicada con perfecta conciencia por la potencia más grande del antiguo continente, China, cuyas tareas en este punto compartió más tarde Rusia, fué bastante para conquistar terreno á los nómadas y debilitar su poderío; pero el modo de ser de los que se quedaron en la estepa no fué otro que el de los antiguos hiksos y hiungnus.

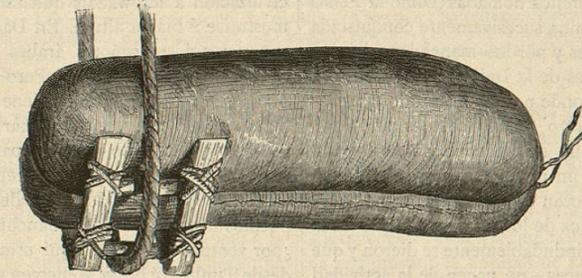
Las condiciones naturales que la cultura exige son más amplias y de más diversa índole, pero en cambio una vez arraigada en el suelo que ha conquistado permanece en él la civilización más tiempo siendo la fijeza territorial uno de sus principales caracteres. ¿Por qué en América no ha ocupado California el lugar de Méjico á pesar de sus condiciones bajo muchos conceptos más favorables? ¿Y por qué, no obstante los muchos siglos de íntimo contacto, no fué la Nubia un fragmento del Egipto? Una de las mayores enseñanzas de la historia es la que demuestra que la civilización ó bien se mantiene fija en el territorio en que una vez ha sentado su planta, aunque lo invadan luego las

oleadas de pueblos ó bien vuelve á él al poco tiempo si circunstancias especiales la han obligado á abandonarlo. Memfis, Atenas, Roma con sus continuas restauraciones después de una destrucción ó de una decadencia, simbolizan ese rasgo de estabilidad sólo en parte fundada en las condiciones naturales que en determinados lugares favorecen constantemente el desarrollo de la civilización. La base fundamental de esta fijeza está en la aglomeración de población dentro de los límites de la cultura, contribuyendo finalmente á ella el soplo indefinido que se cierne sobre los lugares consagrados por rebasar extraordinariamente el común nivel de hombres y de ciudades, dándoles nueva vida y nuevas fuerzas creadoras. Sólo gracias á esto pudo revivir una vez y otra Jerusalén y reconstruirse sobre los montones de incendiadas ruinas la tantas veces destruída Ilión en las riberas del Skamandro. Gracias á ello también volvieron á alzarse sobre sus primitivos emplazamientos en los más peligrosos puntos nodales de las ondas sísmicas las ciudades que, como San Salvador y Mendoza, fueron destruídas por los terremotos. En esto estriba una importante cualidad de la civilización. Es indudable que existen terri-

torios que no sólo convidan al hombre á establecerse en ellos sino que además someten su actividad á determinadas reglas que calman y contienen su modo de ser acabando por lograr que el rasgo preponderante de su carácter sea la perseverancia. Con razón han hecho notar los historiadores «cómo el Eufrates y el Nilo aportan cada año á los que en sus cuencas habitan las mismas ventajas regulando sus ocupaciones de manera que su constante uniformidad permita que transcurran siglos sin introducir la más mínima variación en las condiciones esenciales de la vida tradicional de aquellos territorios. Ocurren sí revoluciones pero no desenvolvimientos, así es que la cultura permanece momificada en el valle del Nilo, cuyos pueblos cuentan los uniformes movimientos del péndulo del tiempo sin que éste tenga á sus ojos contenido alguno, ó dicho en otros términos, tienen cronología pero no historia en el verdadero sentido de la palabra.» (Ernesto Curtius).

La civilización no se desarrolla, sin embargo, con el reposo sino por medio del trabajo; necesita estímulos é im-

pulsos que han de venir tanto más del exterior cuanto que el trabajo pacífico tiende por naturaleza al exclusivismo. En todas partes junto á los territorios que convidan al descanso se extienden otros que, cual si señalaran lo que allende sus fronteras existe, mueven á la emigración; en todas partes el impulso al desenvolvimiento aislado aparece tocándose con el que incita á la mezcla, á la fusión con otros pueblos: al primero debemos buscarlo en los territorios bajos fértiles y tranquilos, sobre todo si no están situados muy cerca del mar, y en las mesetas de las montañas que estén en condiciones de poder alimentar á una población numerosa ó en los anchos valles que se abren entre las cordilleras, en una palabra, en comarcas que permitan una residencia cómoda y una alimentación fácil de conseguir y que, al propio tiempo, no sean tan pequeñas que impidan las más modestas expansiones; al segundo hemos de suponerle en países menos fértiles en donde la presencia de un ancho mar con poco esfuerzo navegable ó de llanuras sin límites inviten á emigrar, ó en montañas y mesetas



Una silla para camello, de los tedas (según Nachtigal)

abruptas en donde sólo un escaso número de habitantes puedan hallar su subsistencia.

¿En qué proporción están los territorios cultos de la tierra respecto de aquella zona de pueblos emigrantes, verdadero seno de donde salen las emigraciones? En cuanto están unidos conexamente constituyen una zona relativamente estrecha que sólo se ensancha algo en el continente europeo de formas más ricas y que está cerrada al Oeste por Europa y al Este por Japón, Corea y China. Más ó menos cerradas por una estructura de muy variados términos y destinadas por esta razón misma á desenvolverse con entera independencia, aparecen la mitad occidental de Europa y la península y el archipiélago del Asia oriental como opuestos extremos de la zona de cultura con idénticas aptitudes y funciones de tranquilo desenvolvimiento y de enérgica acción impulsora: Europa caracteriza el extremo atlántico y el Asia oriental el extremo pacífico de esta zona. Los países de la periferia del Este del Asia ejercieron, al parecer, esta acción impulsora y esta transmisión de cultura al través de su mar mucho antes que los europeos del Oeste y del Norte, los cuales, en su mayor parte, hará poco más de diez siglos que entraron á formar parte de esa zona de civilización. La antigüedad de las civilizaciones americanas podría explicarse por la anterior formación de un centro irradiador en las costas asiáticas orientales del Pacífico que hubiese precedido á la impulsión de la cultura hacia las comarcas del Atlántico; pero hay en medio territorios rodeados por el mar libre y por ende privados del seguro amparo que incita á los que con él cuentan á entrar en un íntimo cambio de relaciones con la multitud de pueblos continentales vecinos que se mueven dentro de un reducido espacio. Con ello aparece una cone-

xión entre la independencia de los distintos territorios de cultura y el desarrollo de su civilización respectiva. La Arabia meridional y la Siria, bordes estrechos ambas del territorio nómada árabe, luchan en lo que la historia alcanza, contra los ataques de los nómadas sin haber podido conseguir nunca una importancia propia desde el punto de vista de la civilización. Más felices fueron Mesopotamia y Persia que, sin embargo, no pudieron subsistir de un modo duradero más que apoyándose la una en la otra. Es un hecho altamente extraño que el antiguo florecimiento de la cultura asiria haya desaparecido en las regiones septentrionales de este territorio. El punto de reposo de la India está en el Este, especialmente en las comarcas bañadas por el Ganges; su campo de perturbaciones y de disturbios, de incursiones y de invasiones nómadas, pero también de impulsos hacia desenvolvimientos de fuerzas y formaciones de Estados aparece al Oeste, especialmente en los territorios cruzados por el Indo. En la India posterior existen centros de cultura cuyos restos osténtanse con magnificencia poco menos que fabulosa en el país de los khmeos, en Siam, en Birma y en todos los territorios que más apartados se encuentran del Norte sembrado de elementos asiáticos centrales.

¿Ha sido así en todos tiempos? Apenas cabe duda de que la difusión de pueblos pastores, que ya en los comienzos del período histórico llenaron una parte tan grande de Asia y de Africa y obligaron á los pueblos agricultores más cultos que ellos á sostener constantes luchas, contribuyó poderosamente al retroceso y fraccionamiento de estos últimos. Su gran preponderancia en punto al espacio que ocuparon es, quizás, un hecho relativamente moderno y el acto histórico universal que precedió inmediatamente

á ella y con el cual comienza para nosotros el período histórico presenciado probablemente una menor propagación de estos elementos poco favorables á la civilización elevada y una difusión más coherente de la cultura de los pueblos sedentarios; pero la concordancia que existe entre los más distantes desenvolvimientos de la civilización en el viejo mundo no puede ser comprendida sin admitir previamente la existencia en otro tiempo de un trato animado. No sería imposible, estudiando la contigüidad de los territorios de ambos tipos y su extensión proporcional, llegar á una conclusión sobre este punto.

Que la acción del nomadismo en frente de la cultura sedentaria no es exclusivamente destructora nos lo demuestra el hecho de que en lo sucesivo se ofrecerán á nuestra consideración no sólo tribus sino también Estados algunos de ellos poderosos. Dentro del carácter guerrero de los nómadas existe una gran fuerza generadora de Estados cuya importancia hemos procurado caracterizar en otra ocasión (tomo I, pág. 52) pero que se manifiestan más claramente que en los grandes Estados asiáticos dominados por dinastías y ejércitos nómadas (como la Persia regida por los turcos, la China sucesivamente conquistada y tiranizada por los mogoles y por los manchúes y los Estados mogoles y radschputes de la India) en los territorios marginales del Sudán en donde no han avanzado tanto las fusiones de elementos en otro tiempo hostiles y hoy unidos para una acción común de beneficiosos resultados. Raras veces se probará de un modo más palpable que en esta frontera en donde se tocan los pueblos nómadas y los agricultores, que los impulsos de los primeros en pro de la civilización — impulsos que indudablemente se dieron y que resultaron en extremo eficaces — no nacieron de la actividad pacífica sino que más bien son de índole guerrera y contrarían por ende en un principio los esfuerzos nacidos de la paz y aun llegan á ser perjudiciales á éstos. La importancia de estos impulsos estriba en la tendencia y en el talento de los nómadas para agrupar enérgicamente en pode-

rosos Estados á los pueblos que viven en estado sedentario y que dentro de éste se disgregan con facilidad suma. Esto, empero, no es óbice para que aprendan algo bueno é importante de sus súbditos, por ineptos é incapacitados que éstos sean en política, como en otro tiempo aprendieron los romanos de los griegos, los germanos de los romanos y los turcos de los tadchikes y aun de los mismos eslavos. En el Sudán occidental, á pesar del trato íntimo de las tribus islámicas conquistadoras con sus correligionarios que habitan en el borde septentrional del Africa, cultivado desde muy antiguo, las tribus negras por aquellas sojuzgadas son á menudo más hábiles que ellas en la confección de algunos pequeños objetos de uso doméstico, pudiendo citarse entre ellas las tribus haussas y las del Nyfe. Nadie aventaja á las tribus de Bassa y de Afa en la confección de esteras y de cacharros para beber y para comer; las chozas de los musgus superan á las de los mismos pueblos de Bornú y los débiles baghirmios, á pesar de los antiguos elementos indígenas en que están empapados, proporcionan industriales, agricultores y en una palabra obreros de la civilización á los wadais que tantos esfuerzos hacen por mostrarse á mayor altura. En Darfur mismo, los fures son superiores á sus señores árabes en cuanto se refiere á la agricultura y á la industria. Pero lo que ninguno de estos pueblos hábiles y aplicados tiene ni puede tener es la voluntad y la fuerza para dominar y sobre todo el espíritu guerrero y el sentido práctico para el orden y la subordinación políticas, y en este concepto los señores de los Estados del Sudán nacidos en el desierto contrastan con sus pueblos negros como los manchúes con los chinos. Pero ¿por ventura se realiza aquí otra cosa que la ley vigente desde Timbuktu hasta Méjico en virtud de la cual las principales formaciones de Estados surgen preferentemente en los ricos países agrícolas contiguos á vastas estepas en donde se pone violentamente al servicio de los habitantes de éstas, más enérgicos, más fuertes, más aptos para dominar, una elevada cultura material de los pueblos sedentarios?

CAPITULO PRIMERO

LA CIVILIZACIÓN

«La educación de nuestra especie presenta el doble carácter de genética y de orgánica; genética por la comunicación, orgánica por la adopción y aplicación de lo comunicado. ¿Denominaremos á este segundo génesis del hombre cultura por lo que en él figura el laboreo del campo, ó ilustración en cuanto es imagen de la luz?»

HERDER.

Condiciones necesarias al desarrollo de la civilización. — Trabajo, agricultura, sedentariedad. — Aumento de población. — Transmigración de la civilización por la tierra. — Libertad y encadenamiento del espíritu. — Ciencia. — Semicultura. — Escritura y tradición. — Decadencia de la cultura. — Comienzos de la civilización. — Restos de piedra. — El antiguo Egipto. — Cuadro de la civilización egipcia. — Cohesiones asiáticas. — China y el mundo occidental. — Supuesto aislamiento de China. — Origen de los elementos de la civilización china. — Antigua expansión de los pueblos civilizados del Este de Africa.

La suprema civilización tiene como el nomadismo sus condiciones especiales de desarrollo y de existencia. Lo que tiene fijeza es favorable á la civilización: he aquí la ley general. Lo que más directamente contribuye á fijar al hombre movido es la fertilidad del suelo unida á un clima favorable ó tolerable por lo menos, dando aquél á la naturaleza una importancia distinta que el que lleva una vida errante, y preguntándose: ¿dónde está la garantía para una residencia permanente? En alto grado significativas son las siguientes palabras de Dobrizhoffer á propósito del Chaco: «Los españoles lo consideran como punto de reunión de todas las miserias, al paso que los salvajes lo reputan Elíseo y tierra de promisión.» Los europeos que emigraron á América no levantaron en aquel suelo virgen campamentos ni establecieron en él sitios para pastos sino que construyeron desde un principio casas de piedra y ciudades; Méjico fué conquistado por Cortés en 1521 y en el mismo año se puso la primera piedra de la catedral. Estos hechos hablan en pro de la opinión que muy pronto había de confirmarse plenamente. La humanidad sabía ya entonces y desde mucho antes por experiencia en qué suelo podía implantarse con éxito la cultura. Méjico, cuyas mesetas producían el mismo trigo que Castilla, recibió por esta razón el nombre honorífico de Nueva España: los conquistadores abrigaron la esperanza de que el retoño de la antigua cultura española arraigaría antes en un buen terreno de labor favorecido por un clima cálido templado, y de esta suerte se transplantó la civilización al nuevo mundo convencida de la necesidad de contar con un suelo propicio ó más concretamente con un suelo laborable.

Mucho antes que la vida espiritual de los pueblos, sustrábase la material á la esclavitud en que la pereza personal, la inseguridad general, la falta de trato y la carencia de necesidades la tenían sumida. La base de lo que denominamos semi-cultura está formada por una gran serie de descubrimientos; armas é instrumentos de estructura compleja como ballestas, corazas movibles, arpones, arados, mielgas, carros, barrenos, tornos para la alfarería, timones y botes de vela ó con batanga aparecen en capas escalonadas: todos requieren trabajo y éste es el que les da valor. Jacquemont profetizó á la América hispano-india de la zona

tropical el retroceso al grado de cultura en que se encontraba antes de 1492, exclamando: «Se convertirá en un país despoblado y pobre porque falta en él el trabajo.» Todas las civilizaciones han retrocedido cuando han abandonado el trabajo que las produjera. La frase «el trabajo ennoblece» es una verdad universal; en efecto el trabajo ha engendrado la nobleza de la humanidad. El más laborioso de los llamados pueblos semi-cultos, el chino, es el que bajo todos conceptos está por encima de los demás pueblos asiáticos. Después del trabajo en sí, la condición más importante del progreso de la cultura es indudablemente la división del mismo, que en la organización de la agrupación uniforme ocupa el puesto que sigue inmediatamente á las funciones sociales. Los animales á quienes su instinto obliga á vivir en sociedad y á obedecer á un caudillo son los más capaces de ennoblecimiento y lo propio sucede con el hombre, siendo de aplicación general lo que en su «Viaje al rededor del mundo» dice Darwin hablando de los fueguinos: «Mientras no surja en la Tierra del Fuego un caudillo con fuerza suficiente para conservar cualquier ventaja adquirida, siquiera sea la posesión de animales domesticados, tengo para mí que será imposible mejorar el estado político del país. Ahora mismo, hacen pedazos cualquier trozo de paño que se dé á uno de ellos y se los reparten entre sí, pues nadie puede ser más rico que otro.»

En otra ocasión (tomo I, pág. 13) hemos demostrado la relación íntima que existe entre la civilización y la agricultura: tócanos ahora únicamente hablar de la importancia que tiene ésta para los pueblos civilizados. Desde el Japón hasta Egipto, constituye la base principal de la alimentación y el aprecio en que se la tiene es tan grande que en los territorios cultos del Este del Asia figura al frente de toda la actividad económica y el emperador mismo no se considera rebajado con empuñar en sus augustas manos el arado. La defensa del terreno de cultivo contra las incursiones de los nómadas es causa de eternas luchas entre los pueblos agricultores y los pastores. Los esfuerzos de los Estados civilizados tienden á ganar con completa independencia el sustento para sus pueblos y á hacerlo independiente del comercio con el extranjero. La mejor alabanza